



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9793

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 26 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en harramental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofs, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

La vida privada antiguamente.

LAS COMIDAS.

Dicen que la educación se conoce en la mesa y en el juego, y tomando por cierto este refrán, juzgo que no será ocioso estudiar las costumbres de nuestros antepasados, para conocer el grado de cultura que alcanzaron en los tiempos antiguos.

Desde la creación del mundo hasta el siglo XVII, el hombre ha comido con los dedos. He aquí un dato innegable que preside toda la historia de las comidas y por ende la de la urbanidad en la mesa.

En la atildada Roma de Cesar, cuando Lúculo daba alguno de aquellos festines cuya magnificencia llegó á ser proverbial, los convidados consideraban como la cosa más natural del mundo, meter la mano en el plato y coger los fragmentos de carne ó pescado convertidos de antemano en raciones que se llevaban á la boca y trituraban con los dientes.

Este procedimiento según las investigaciones de Mr. Frankline, que ha estudiado todo cuanto se refiere á las comidas desde los

tiempos más antiguos, es el mismo que pasando por la edad Media, se practicaba en las brillantes cortes de Francisco I, Enrique II, Luis XIII y hasta Luis XIV.

Es verdad que en aquellas épocas la buena sociedad tenía reglas particulares para su exclusivo uso. Si las gentes de baja estofa cogían los pedazos de carne á puñados, las personas cultas no podían cogerlos sino con mucha delicadeza y no detenerse demasiado en el plato para elegir el pedazo que debían llevarse á la boca. Toda la vida de la Edad Media, puede resumirse en esta sutil displicencia.

Nuestros antepasados lo hacían todo más en grande que nosotros: en vez de la modesta campana que avisa en las habitaciones campesinas ó en los hoteles que hay en las ciudades la hora de almorzar ó comer, eran varias las que produciendo un ruidoso campaneo, no solo llamaban á los comensales, sino que anunciaban que el señor del Castillo iba á sentarse á la mesa. Este aviso, además de servir para anunciar que la comida estaba servida, advertía á los que iban á comer, que tenían que lavarse las manos.

En el siglo XVII se reemplazó el campaneo citado por los sonidos de una trompa.

Antes de tocar á ningún manjar, los comensales se lavaban las manos como he dicho, y esta operación no era en nuestros antepasados una precaución inútil.

En los palacios era costumbre que un *chambelán* y varios pajes con la servilleta al hombro se acercaran á la mesa. Uno de ellos tenía en la mano izquierda una palangana y en la derecha una jarra, los convidados presentaban las manos como el sacerdote en la celebración de la misa al acólito, y entonces el servidor vertía sobre los dedos del convidado agua perfumada.

Esta costumbre como todas las que se refieren á la limpieza, fue algo descuidada en el siglo XVI y

clasificada únicamente entre las exigencias de la etiqueta, aplicable á las comidas de ceremonia; pero aun se observaba con toda sinceridad, que todos los domésticos tenían que lavarse las manos antes de ponerse á comer y cuando les faltaba agua no vacilaban en servirse del vino.

Las clases inferiores de la sociedad no empleaban estos perfileres, pero, de todos modos se lavaban en una fuente que había en la pared ó en un rincón del comedor. La misma operación se repetía, como es natural, al terminar la comida.

En el siglo XIV el dueño de la casa se sentaba con sus convidados en los sitios de preferencia; su esposa y después el resto de la familia se collocaban teniendo presente la posición y edad de cada uno, al ocupar el asiento.

Como en nuestros tiempos, se procuraba que se sentaran los comensales á la mesa por parejas, es decir, una señora y un caballero, pero entonces con más motivo que ahora era imprescindible que estas parejas tuviesen mucho gusto en su asociación, porque lo más frecuente era que para cada pareja no hubiese más que un solo plato.

La designación de los puestos en la mesa no perdió nada de su importancia en los siglos siguientes. Los sitios de preferencia continuaban reservados á los personajes á quienes se quería distinguir; los puestos de honor variaban según la posición de la mesa y la configuración del comedor.

A partir del siglo XVIII no tratándose de comidas oficiales, la etiqueta fue menos severa y no tan exigente como en la actualidad. Por el solo hecho de sentarse á la mesa se establecía entre todos los convidados el principio de igualdad, cosa que hoy no sucede en muchos comedores aristocráticos.

Respecto de las supersticiones nuestros antepasados no tenían nada que echarnos en cara. El anfi-

trón debía arrojarse de manera que no se sentaran trece á la mesa, y esto en recuerdo de la cena en que el famoso Judas hizo traición á su Maestro.

Sin embargo un escritor de aquellos tiempos daba poca importancia á los siniestros presagios del número trece, sin apurarse tampoco porque se vertiera el salero.

«El número trece—escribe con donaire—es solo temible cuando, no hay comida más que para doce; y en cuanto á lo demás, no importa que se vierta, con tal de que no caiga en el plato en que comemos y ponga muy salados los manjares.»

Lo que sucedía entonces sucede ahora, aunque no con tanta frecuencia, que se bendecía la mesa antes de empezar á comer y se daban gracias á Dios después de haber comido.

En la corte y en las casas aristocráticas, un capellán echaba la bendición; en las clases menos elevadas era un eclesiástico el que desempeñaba estas funciones y cuando faltaba, un niño era el encargado de decir el *Benedicite* al que todos contestaban con la palabra *Amén*.

Después de comer se rezaba en acción de gracias, pero cuentan algunas crónicas que cuando las comidas eran demasiado opíparas y los comensales se habían excedido en el beber, con frecuencia se olvidaban de dar gracias á Dios.

RENAJOALD.

TIJERETAZOS

Dice un periódico que las odaliscas que tenía el difunto sultán en el harem eran muebles de lujo.

Entonces hay que suponer que ahora harán almoneda con ellas.

¿Qué va á hacer el sultán nuevo con esos dos mil muebles que tenía su padre?

Dice un artienlista que las muchachas casaderas consideran de buen agüero casarse cuando la luna está en lleno.

Pues casándose con un calvo está siempre la luna en lleno.

Dice un periódico:

«Ciertos escritor manifiesta que se desarrolle otra vez la moda de los palillos. Con tal que esta moda no crezca...»

Y pasemos de los palillos á los palos...

¿Es que la moda de los palos ha caído en desuso?

¡Pues si se da por ahí cada garrotazo mayor de edad...

Aun hay patria, digo, aun hay oro.

En una casa de la plaza del Carmen, de Calatayud, y al tratar su dueño de tapar algunos agujeros por los que los ratones entraban y salían, hallóse con un objeto extraño y de gran peso, que, arrojado contra el suelo, dió de sí buena cantidad de monedas de oro.

Es la tercera vez, según cuentan, que en tal vivienda se ha encontrado dinero, y también se recuerda que ha tiempo en la misma se suicidó un zapatero por no haber podido hacer frente á la miseria que sufría.

Caballeros: hay que dedicarse á tapar agujeros de ratones por si acaso se tropieza con una olla.

Leamos:

«Una viuda habitante en una casería del término de Basendo, dió á luz un niño y lo enterró en la onagra.»

Observado esto por un vecino, desenterró el niño y lo llevó al cura párroco, quien le dijo que lo volviera á enterrar y no diera parte porque ya estaba enterado de todo.

El juzgado, que tuvo noticia de lo sucedido por medio de un anónimo, se presentó en la casería y desenterró nuevamente el cadáver.

Ahora instruya diligencias.

¿Y cuando vuelven á enterrar al niño?

¿O no lo entierran por ahora?

Y ya es tiempo de que descanse el angelito.

De un periódico tomamos la siguiente importante noticia:

«Ex un hecho, según dicen varios periódicos, la fusión de las dos empresas de frontones que existen en Madrid.»

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 113

Barbotó algunas baladronadas, y vencido por la embriaguez se durmió.

Todos creyeron un sueño la existencia de una mujer tan preclada que había alcanzado por nombre *Sol de la hermosura*, y que moraba en un asilo tan miserable como una cueva; pero no sé por qué yo, que nunca he creído en cuentos, creí enteramente lo que la embriaguez había hecho salir del alma del infante, y juré ser yo el que había de saber la verdad del dicho.

La noticia de la existencia de la ponderada hermosura corrió en el estrecho recinto del real, y todos supieron que yo había adoptado la empresa.

Y así lo hice; cuando el sol se ponía, mandé á Garcés enjaezar los caballos, cené mi armadura de guerra y salí del real.

A poco trecho encontré á la princesa doña Isabel, que había salido á esparcirse con sus dueñas y escuderos, y á quien debí lo honra de que me dirigiese la palabra.

—¿Qué es esto, capitán Vargas, me dijo, vais á buscar un sol cuando otro se pone?

—Juro á Vuestra Alteza, la contesté, que mañana ese sol ha de brillar entre vuestras damas, ó he de ser cautivo.

—Acepto, caballero, me dijo la princesa; pero cui-

112 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

cia, y que comiésemos juntos en las tiendas de Garcé Pérez de Vargas.

Así se hizo, dejamos los arneses y nos sentamos al par en una misma mesa: circuló el vino en profusión; primero salieron á cuento lances de guerra, luego vinieron los lances de amor; cada cual ponderó los encantos de sus damas, y no hubo estrella ni lucero que no fuera pospuesto á alguna mujer de ojos negros ó azules; el infante bebía y tornaba á beber; hasta que al fin se apoderó de él la embriaguez.

Entonces nos habló de una mujer á quien llamaba unas veces hada, otras, según dijeron algunos que sabían hablar en árabe, *Sol de la hermosura* (1). Dijonos que el hombre que poseyese su amor sería invencible, y como los que están ébrios hablan lo que tal vez luego les pese, añadió:

—Y si alguno dudase de lo que digo, vaya si es valiente á la gruta que conduce á la morada de esa hermosura.

Todos le preguntaron el sitio.

—No muy lejos, contestó el infante, sino en el lecho del río Daura, á una carrera de caballo de la Alhambra, en un barranco como se sube á la izquierda de la corriente.

(1) Schamsul-Hemal, en árabe.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 109

aborrecía, emir, contestó Gastón, no de mis señores. Cuando supieron que había ensangrentado mi lanza por tí, cuando mis escuderos estendieron por el real la nueva de la escaramuza, los reyes me llamaron, me dieron á besar su mano, me otorgaron, á mí, simple hidalgo, una compañía de arcabuceros, y esta cruz de Santiago es un recuerdo de aquel día. ¿Qué más pruebas, Mrza, de que si no te aman al menos te respetan?

—Orgullo y faleña, contestó el tenaz Mrza, tú mismo eres un testimonio; yo te he sorprendido trayendo sin duda un mensaje para un hombre sospechoso; para uno que se llama sabio y Faquí, y que Allah me confunda sino es un perro infiel renegado de Dios.

—Es verdad, dijo Gastón, que traigo letras, no sé de quien, para un hombre que mora en el fondo de esa gruta; pero por mi alma que no aliento otro deseo que conocer á una mujer que he oído ponderar y que mora en ella; además he prometido á la princesa doña Isabel de Portugal entregarle mañana esa mora cautiva, y ya ves que en esto no hay más que una aventura caballeresca, cuyos medios podrán ser, si se quiere, un tanto dudosos para un hidalgo. Esta es la verdad.

—¡Una mujer! exclamó Mrza, á cuya memoria vino lo que se le había anunciado en la visión de los